

## NECESIDAD DE LA POBREZA

Asistimos a un cambio tan grande de vida que uno se queda perplejo de lo que vé, aún no participando de ello o haciéndolo muy escasamente.

La Humanidad, como nave sin gobierno azotada por los temporales, va dando bandazos de orilla a orilla y salpica en sus zambullidas hasta los últimos rincones de la corteza terrestre.

Al siglo anterior se le llamó el de las luces, y la elocuencia entonó sus más bellos cantos en honor del progreso anhelado, que no ha empezado a realizarse hasta el presente.

La buena vida, como el buen tiempo, invita al paseo y a la cháchara frívola. La comodidad engandula a la gente y la hace ineficaz.

Dice Marañón que el lujo obra en contra del ambiente y de la obra científica. Se podría agregar también que en contra de cualquier obra relevante y nadie que tenga experiencia de la vida lo negaría.

La riqueza en manos del hombre absorbido por ideales es un estorbo en lugar de una ayuda, por quitarle la tranquilidad que necesita para sus meditaciones. Y además constituye un camino seguro de desgracia para sus descendientes.

La estrechez, la dificultad y la incomodidad son acicates inmarcesibles para el hombre trabajador.

Si la pobreza es excesiva, cosa poco probable en el hombre maduro si nunca se abandonó, puede crearle la dificultad de tener que ganarse el pan que tanto empaña el pensamiento idealista, pero aún así, siempre le será menos estorbo éste que el de la abundancia dineraria con sus múltiples incitaciones.

Se puede asegurar que el que se dedica a ganar dinero, es decir, que trabaja sólo por la ganancia, no hará muchos progresos científicos y no será poco que se mantenga al corriente de lo que hagan los investigadores, porque ni tiempo tendrá de desfundar las publicaciones. Será rico, pero no sabio, y es seguro que no perdurará, como se ve en las personas nombradas que desaparecen cada día.

La preocupación del dinero y las exigencias de su cuidado engendran la avaricia y el celo por su conservación, que es una de las virtudes del avaro, y se simbolizan mejor que en nada en la circunstancia del mendigo que pidiendo hizo su tesoro, mayor o menor, que conoció el mundo, sorprendido, después de su muerte. Aquel anciano, o aquella abuelita, que iba pidiendo, resulta que al morir deja una calceta de plata y vivía siempre en la miseria. La gente se asombra y piensa maliciosamente en el engaño, en la hipocresía o en la falsedad, cuando, en realidad, aquel ser fue fidelísimo a sí mismo y a su necesidad de previsión. Guardó para no perecer si alguna causa le impedía ir a implorar la caridad, convencido de que la caridad que él conocía no vendría en su socorro. Es ejemplar y denota responsabilidad o instinto de conservación el no dilapidar lo ganado, aunque no lo comprenda todo el mundo, como lo es la vida sencilla y clara del hombre de pensamiento que por más que vea u oiga sigue apegado a sus costumbres simples que le dejan el cuerpo y el alma libre de trabas para idear, para soñar y llegar a nuevas realidades, que son la verdadera riqueza, convertida luego en crematística por los menos fantásticos.

Es un error darle al hombre resueltos los problemas que debe resolver él y aliviarlo de responsabilidad quitándole el peso de sus abandonos o equivocaciones, que es precisamente el que le corrige.